

En este número

El tema central que en esta ocasión presentamos a la reflexión de nuestros lectores es el análisis de la crisis internacional capitalista. Desde perspectivas diferentes, varios autores apuntan hipótesis y perfilan conceptos cuya diversidad en esta etapa, no oculta una preocupación básica: ¿Estamos en una fase de relativo desequilibrio del sistema, superable dentro de sus propios marcos? ¿O bien, como lo sugieren aquí los compañeros de *II Manifiesto* y también Andre Gunder Frank y Samir Amin, las dificultades contemporáneas del capitalismo son apenas el síntoma visible de una crisis que abarca en extensión y profundidad a la totalidad de las relaciones sociales capitalistas? Del modo como se solucionen estas interrogantes dependerá, en definitiva, el porvenir de la revolución lo mismo en los países capitalistas avanzados que en el mundo periférico.

Es evidente que en este punto no existe mucho acuerdo y que incluso en el seno de la izquierda revolucionaria son muchas más las diferencias que los planteamientos comunes. Con todo, el desarrollo de los acontecimientos a partir del golpe militar en Chile está haciendo emerger con claridad una certeza: la revolución latinoamericana ha entrado en una fase nueva que exige la elaboración teórica y una síntesis política cuyo contenido táctico y estratégico debe estar en íntima vinculación con el desarrollo mismo de la crisis. Ésta pone en movimiento enormes fuerzas sociales hasta ahora adormecidas o sojuzgadas, planteando nuevas perspectivas y creando grandes necesidades a quienes se plantean la construcción de una alternativa revolucionaria.

En este punto, si no se desea cometer los errores del pasado ni dejarse llevar por la evocación mística de otras experiencias revolucionarias, triunfantes o no, es preciso encarar los hechos y descubrir, en la realidad las fuerzas sociales, los instrumentos que hagan *posible* avanzar en la dirección revolucionaria.

En América Latina se derrumba la OEA y con ella los principios sobre los cuales descansaba el llamado “sistema interamericano”: la pretensión imperialista de tomar todas las decisiones en su patio trasero pisoteando la soberanía de las naciones latinoamericanas y del Caribe. Hoy en día observamos cómo un nuevo impulso reformista tendiente a reestructurar las relaciones internacionales y las formas de la dependencia opone a los Estados Unidos a una serie de gobiernos latinoamericanos en cuestiones tan decisivas como la fijación de los precios del petróleo y otras materias primas, en el asunto de las 200 millas de mar territorial,

etcétera. En realidad, para muchos países latinoamericanos, si no es que para todos, excepción hecha de Cuba, ésta es la última oportunidad para sobrevivir bajo las condiciones que la crisis impone al mundo capitalista en su conjunto. En el otro extremo como lo comprueba la experiencia chilena, está la barbarie.

Este nuevo curso reformista, lejos de anular la problemática revolucionaria, la pone a la orden del día, pero en un marco nuevo cuya comprensión se hace tanto más necesaria a medida que la crisis se amplía y la lucha de clases surge más nítida y abierta. En este contexto social, político y económico, las explicaciones fáciles o los esquemas del pasado, a los que siguen aferradas algunas corrientes de izquierda, resultan ineficaces en la práctica y falsas en el plano de la teoría.

Que la crisis afecte al sistema capitalista y ponga a la orden del día el problema de la revolución para toda una serie de países, no significa necesariamente que en las actuales circunstancias el enfrentamiento se resuelva a favor del proletariado. Como lo prueba trágicamente Chile y lo confirma el desarrollo de las luchas obreras en Francia e Italia, para poner sólo dos ejemplos.

Se trata de responder —y no únicamente en el plano abstracto de la teoría o de un programa “alternativo”— a la pregunta que la realidad objetiva plantea a las vanguardias, ¿existe ya en nuestras sociedades el sujeto histórico capaz de llevar, profundizándola, la crisis hasta sus últimas consecuencias? Y en todo caso, ¿qué significa “profundizar” un complejo nudo de contradicciones que afectan ya a la totalidad de las relaciones sociales capitalistas, cuando aún no aparece con nitidez orgánica la opción que pueda convertir el descontento provocado por la erosión de las instituciones y el funcionamiento del sistema, en una táctica y una estrategia coherentes con los principios y las realidades presentes? En suma, ¿cómo superar positivamente el debate de la izquierda en torno a las *formas* del proceso, para conducirlo al terreno más esencial del papel que corresponde a las *clases* en ese proceso? Dicho sucintamente: ¿cómo construir una alternativa anticapitalista apoyada y dirigida por la clase obrera, alternativa que en todos los casos debería servir además para impedir en el plazo inmediato que el costo completo de la crisis se haga caer sobre los trabajadores, y cómo, al mismo tiempo, procurar las condiciones para librar las batallas decisivas en circunstancias más favorables de las que, por ejemplo, privaron en Chile?

Este debate, insistimos, es urgente en la medida en que varios países de América Latina, Argentina de manera destacada, se hallan inmersos en una crisis social y política de proporciones inusitadas que polariza la lucha de clases, sin que el proletariado encuentre *todavía* un camino y una línea común capaz de expresarse también en el plano de la

organización política.

Es la propia experiencia reciente la que demuestra del modo más trágico y convincente el lugar que ocupa la clase obrera como sujeto revolucionario, incluso en países en los cuales la población sigue siendo mayoritariamente campesina. Allí donde la movilización obrera alcanzó los niveles más altos, el imperialismo y las burguesías nacionales asestaron los golpes militares más duros y sangrientos, cancelando de tajo los coqueteos reformistas. Esta es la perspectiva a la que irremisiblemente habrán de enfrentarse las vanguardias y para ello es preciso desde ahora determinar con exactitud la línea los puntos de apoyo, de una nueva política revolucionaria, de un sistema de alianzas en el plano interno y también —hoy más que nunca— en el orden internacional.

Un primer paso inevitable en esta “marcha a través de la crisis” lo constituye la comprensión científica de la naturaleza misma de lo que está ocurriendo. No parece que la inflación, la crisis monetaria, energética, etcétera, puedan comprenderse como fenómenos pasajeros o coyunturales. Mucho menos como efectos de movimientos a nivel de la “superestructura” que puedan corregirse “a tiempo” y sin alterar el equilibrio del sistema en su conjunto. Por el contrario, como lo sugieren en este número de *Cuadernos Políticos* varios autores, el carácter de la presente coyuntura lo da, justamente, el hecho de que la crisis se origina en el plano de las relaciones de producción, en la agudización de contradicciones que, vistas en perspectiva, el sistema capitalista ya no está en condiciones de resolver con su viejo arsenal keynesiano. Es en los países de capitalismo avanzado, particularmente en los Estados Unidos y Japón, donde la crisis se origina y desde allí se difunde, provocando reagrupamientos de fuerzas y choques entre las potencias industriales y abriendo fisuras nuevas en el aparato de dominación imperialista, creando condiciones más favorables para alterar las relaciones de fuerza imperantes y un terreno propicio para la extensión, en un nivel diferente, de la acción revolucionaria.

Los ensayos que en esta ocasión ofrecemos a nuestros lectores se inscriben en esa preocupación. Decimos que sólo se inscriben, porque todavía no pueden considerarse como soluciones teóricas definitivas a las cuestiones planteadas. El análisis que hace *Il Manifesto*, para no citar más que uno, es en verdad una hipótesis de trabajo, un primer intento de llevar la discusión a campos más amplios y profundos sin perder por ellos su carácter exploratorio y “provocador”. Lo mismo puede decirse del diálogo con Samir Amin y Gunder Frank. Más que el acuerdo o la discrepancia con las posiciones asumidas por los autores, a *Cuadernos Políticos* le atañe la oportunidad de iniciar el debate y promover una discusión que necesariamente habrá de continuar en sucesivas entregas. Ese es el caso también por lo que

respecta al ensayo de Cordera que, en rigor, continúa el análisis emprendido por Pereyra en el número anterior. Hoy más que nunca en los últimos decenios, la situación mexicana se ha tornado movедiza y contradictoria: el proyecto “modernizador” o “neocapitalista” del gobierno actual, lejos de satisfacer las expectativas de la clase proletaria, al afectar los intereses esenciales de capas enteras de la pequeña y mediana burguesía, en el marco determinado por la crisis que afecta al sistema, pone en movimiento nuevas contradicciones que en sustancia imponen los ritmos y el contenido mismo de la política oficial, alterando y a la vez ampliando la brecha entre lo que se proclama y lo que se hace, entre el programa ideal y las realidades concretas. Esta pérdida de “identidad” se expresa en el plano de los conflictos interburgueses, en la lucha por la hegemonía política entre las fuerzas constitutivas y dominantes del Estado mexicano, en el nuevo papel que le cabe a la clase obrera bajo estas circunstancias novedosas. Cordera examina la distancia que media entre la “lógica pura” del capitalismo, tal y como se manifiesta en diversas posiciones dentro y fuera del gobierno, y la lógica real del proceso, que lo es todo menos simple evolución lineal.

Por su parte, Arnaldo Córdova inicia en este número la tarea de presentar estudios históricos de nuestro pasado reciente, uno de los objetivos originales de esta publicación. La historia mexicana, en particular la historia de la revolución, ha tenido que ser redescubierta a la luz del marxismo para revelar su contenido esencial: la naturaleza clasista del proceso y del Estado resultante. Pero es poco, ciertamente, lo referente al modo concreto, a las formas específicas que adquiere esa historia. De allí la importancia del ensayo que Córdova nos presenta. En él se examina críticamente el papel, la función que en el contexto cardenista tuvieron los maestros rurales como promotores de un nuevo orden social.

Vinculado al ensayo anterior publicamos un texto que aspira a intervenir en el debate (apenas abierto) en torno al problema agrario mexicano. Los autores —Rosa Elena Montes de Oca y Fernando Bello— nos proponen una interpretación que rompe con las tesis “agraristas”, generalmente admitidas por los ideólogos oficiales, pero también por corrientes “marxistas”. Destacan de manera primordial la manera como, pese al tejido de relaciones jurídicas que lo encubren, el capitalismo es el modo de producción dominante en el campo, incluso bajo formas que —tal es el caso del tejido colectivo— generalmente se presentan como contradictorias al sistema. Cabe destacar que, salvo contadas excepciones, los análisis presuntamente marxistas han hecho caso omiso hasta ahora de la única teoría que permite enfocar el problema agrario desde una perspectiva proletaria: la teoría de la renta de la tierra elaborada por Marx. Este es un intento de comenzar a superar tales omisiones.

Por último, recogemos en este número un ensayo crítico dedicado a examinar las

concepciones literarias de Carlos Fuentes vertidas en su más reciente obra polémica. El autor, Carlos Blanco Aguinaga, desentraña los supuestos, la ideología y los mitos del escritor mexicano.